



# Loa al resucitado

● Por **Matías Néspolo**

Cuando las editoriales van a la quiebra arrastran consigo más de un buen libro que queda colgado en el limbo de los descatalogados. Carlos Zanón y Willy Uribe consiguieron bajar sus primeras novelas, pero hay muchas obras encomiables que aguardan en vano su merecida resurrección

Cada libro sufre al autor que toca. Esa es una verdad como un templo. Pero no todo ejemplar editado tiene la vida que se merece. Que el recorrido de una obra vaya parejo a su valía suele ser una rareza. Rareza que depende de múltiples factores, no necesariamente literarios: el mercado, las modas, el cine, el poder persuasivo de algún crítico, el inescrutable boca a oreja o, incluso, la visibilidad –fruto de una compleja ecuación entre el prestigio del sello, el volumen de la tirada y la calidad de su distribución–.

Cuando ninguno de esos elementos entran en juego (el común de las veces), la vida de un título se reduce. Más aún, si lo firma un autor joven o poco conocido. El libro entonces tiene los días contados, como si llevara la fecha de caducidad grabada en el lomo a la manera de los yogures en la nevera del supermercado. La fecha de la próxima devolución que hará el librero.

Pero el colmo de la injusticia se

produce cuando la pequeña o mal gestionada editorial que apuesta por un escritor emergente se va al garete. Tanto da la calidad y el mérito de la obra, porque acaba en la guillotina o, en el mejor de los casos, saldada. Y si no fuera por algún milagroso ejemplar en la librería de viejo, ni rastro quedaría de ella, como si nunca hubiera existido.

Hay quien por ingenuidad (o cinismo) cree que el tiempo reparara esa injusticia, la inmerecida vida breve de un buen libro. Pero se sabe que hace falta poco menos que un Nobel para la recuperación de las Obras completas. Otros confían que el *e-book* nos libre de esas inequidades. Lo cierto es que continúan produciéndose a un ritmo mayor de lo deseable.

Eso fue lo que le ocurrió al poeta y narrador barcelonés Carlos Zanón con su excelente primera novela, *Tarde, mal y nunca* (2009), publicada en la malograda Saymon. Pero su historia tiene final feliz

porque la obra reaparece ahora en Tusquets en simultáneo con su último poemario, *Tictac tictac* (Ediciones Carena). Otro tanto sucede con la contundente *Sé que mi padre decía* (Premio Silverio Cañada 2009), del bilbaíno Willy Uribe, publicada por la desaparecida El Andén. Los Libros del Lince lanza ahora su nueva novela, *Los que hemos amado*, y promete recuperar en breve aquella otra injustamente desaparecida de las librerías, que además publicará este año la francesa Rivages. Por fortuna aún quedan editores dispuestos a enderezar los entuertos que produce el negocio editorial librado a su propia lógica. Pero por cada *happy end*, las historias tristes se multiplican. Son muchos los buenos libros expulsados del circuito de manera similar que aguardan en vano su merecida resurrección.

La crítica ahora se rinde a la lisérgica adicción que produce la prosa de Laura Fernández con *Wendolin Kramer* (Seix Barral). Pero muy pocos saben que la narradora ya había desplegado todas sus armas en *Bienvenidos a Welcome*, una inmejorable *sit-com* galáctica que inverna en el limbo de los descatalogados desde que quebrara Elipsis, sello que la publicó en 2008. Lo mismo ocurre con *Proust Fiction*, de Robert Juan-Cantavella, el celebrado autor de *El dorado* (Mondadori). Un sólido e innovador volumen de relatos, precursor del fenómeno Nocilla, publicado por la extinta Poliedro en 2005 y hoy desaparecido. Para la *rentrée* se publicará en francés (*Le Cherche-Midi Éditeur*), pero el lector español que los dejó escapar en su momento lo tiene crudo. Son dos ejemplos, pero hay más. Y los seguirá habiendo.